

E. PLA BALLESTER

«Còva de les Maravelles» (Gandía)

En la colección arqueológica, tan interesante como poco conocida, de mi deudo D. Isidro Ballester Tormo, figuran no pocos datos de estaciones en cuevas o en despoblados que, si son insuficiente base para un estudio completo de los yacimientos a que se refieren, tienen, sin embargo, interés no pequeño para la fijación de enterramientos o de núcleos de poblaciones primitivas en las comarcas valencianas y albaceteñas orientales. De alguna de ellas cabría esperar que sus datos y materiales fueran completados por trabajos posteriores del Sr. Ballester; aunque desde 1927 en que se fundara el Servicio de Investigación Prehistórica de la Exma. Diputación Provincial de Valencia y se le encargara de su dirección, le haya sido difícil atender a sus propios descubrimientos, absorbidas sus actividades por las exploraciones y excavaciones del mencionado Centro.

De una de tales estaciones, la cueva de «Les Maravelles», ya totalmente expoliada y parte de cuyo material figura en la colección dicha, vamos aquí a ocuparnos, con la única finalidad de dar a conocer lo que hoy resta de aquél y de lo que, habiendo desaparecido, queda memoria suficiente para ser recordado.

La «Còva de les Maravelles» ábrese frente a la llanada de Marchuquera, en el sitio conocido por Marchuquera Alta, mirando a Rótova y al estrecho llamado «Còll de Llautó», por donde se comunica el valle del Albaída y la huerta de Gandía, a sobre kilómetro y medio de la «Còva-Negra» de dicha comarca.

Según el competentísimo y hoy casi olvidado geólogo P. Leandro Calvo, de las Escuelas Pías (1), trátase de una muy grande

(1) La mayor parte de las notas arqueológicas que el P. Calvo recogiera en sus libretas, fueron tomadas, y son guardadas aún, por el Sr. Ballester.

cueva abierta en terreno cretáceo y reducida en su anchura por el estilicidio que aprisionaba en la parte baja huesos de época cuaternaria. La parte superior del piso hallábase constituida por ancho estrato de terreno suelto, compuesto de sirle y restos de todas épocas. El P. Calvo halló en este yacimiento una lámina de marfil plana y de perfil ovoide algo irregular, con algunas rayas o signos que le hicieron pensar en un amuleto; varias agujas de hueso de sobre 8 centímetros de longitud y de 1 a 2 mm. de grueso, con el coso taladrado por yuxtaposición de dos perforaciones en sentido opuesto, no siempre coincidentes con exactitud; fragmentos de cerámica hecha a mano, lisos unos y otros con decoración incisa y cardial, de los que existían muestras en el Colegio de los PP. Escolapios de Gandía; otros fragmentos de época posterior y abundantes restos de lucernas y monedas romanas de fecha muy avanzada.

Esta cueva había sido ya visitada muchos años antes por el naturalista valenciano D. Juan Vilanova y Piera, que la describe así: «especie de salón inmenso de estrecha abertura, de más grandes proporciones en el interior y en cuyo fondo encontré —dice—, en los horizontes superiores bastante cerámica romana, junto con restos de mamíferos domésticos, y en otros depósitos subyacentes, entre otras cosas, una pequeña flecha de pedernal de una perfección notable, la cual figura en el cartón de objetos españoles que regalé en 1868 al Museo Arqueológico, junto con otras de procedencia extranjera» (1).

Poco nos decía la descripción que el Sr. Vilanova hiciera de la punta de flecha, pues ni su calificación de «pequeña flecha de pedernal de una perfección notable» que usara unas veces, ni la de «bonita flecha de pedernal» que empleara para describirla en su «Geología y Protohistoria Ibérica» nos daban idea de cómo pudiera ser. No obstante el Sr. Ballester supuso que era una pieza Neo-

(1) «Origen, naturaleza y antigüedad del hombre», pág. 364. Madrid, 1872. Ver también del mismo: «Memoria geognóstico-agrícola y protohistórica de Valencia», pág. 483. Madrid, 1893. Idem y Rada y Delgado: «Geología y Protohistoria Ibéricas», t. I de la «Historia de España», de Cánovas, pág. 452. Esta cueva fué dada a conocer en el Congreso Internacional de Prehistoria que se celebró en Copenhague en 1869, siendo por tanto una de las primeras estaciones cuya importancia trascendiera de nuestras fronteras. Ver Vilanova y Tubino: «Viaje científico a Dinamarca y Suecia con motivo del Congreso Internacional...», página 59. Madrid, 1871.

En el Museo Antropológico Nacional, entre el material que regalara D. Juan Vilanova y Piera, se encuentran varios objetos inventariados con el núm. 455, bajo la denominación de «útiles toscos». Debemos esta nota a nuestro compañero del S. I. P., D. Domingo Fletcher Valls, por la que le quedamos obligados.

eneolítica (1), quizá con aletas y pedúnculo. Interesándonos completar con este detalle el material proveniente de la cueva que estudiamos, hemos gestionado y obtenido el perfil de la pieza de referencia, que publicamos en la fig. 1, núm. 11. Trátase de una pequeña punta de flecha de sílex de tono claro y perfil triangular aproximadamente equilátero, en cuya base, mediante dos muescas pronunciadas, se destaca el pedúnculo y las aletas redondeadas (2).

Años después, en Agosto de 1867, hizo un reconocimiento en la cueva, el sabio naturalista, también valenciano D. Eduardo Boscá y Casanoves, quien halló en ella los huesos cuaternarios a que se refería el P. Calvo, y varios sílex que parecen confirmar la existencia de un nivel paleolítico. Refiriéndose años después el Sr. Boscá a esta cueva decía: «de las exploraciones realizadas por el Sr. Espinós, farmacéutico de Gandía, por 1871 a 1878, resultaron armas talladas de sílex de simetría y belleza nada común... pudiéndose estudiar en dicha cueva la superposición de cerámica romana sobre los fragmentos de barro cocido a la hoguera y de hachas paleolíticas» (3). La colección del Sr. Boscá ha sido conservada por su hijo D. Antimo, catedrático jubilado, que amablemente la ha puesto a nuestra disposición, aunque por desgracia sólo conservara en ella tres piezas de sílex melado de la cueva que estamos estudiando. Estas son: una gran hoja apuntada, con buenos retoques en ambos bordes, base deprimida, y que posiblemente fué usada como cuchillo; una raedera sobre lasca alargada, de borde curvo intensamente retocado; y una lasca-raspador de forma irregular, con ligeros retoques en su filo. (Véase fig. 1, núms. 1, 2 y 3.) (4).

En la primavera de 1913 fué visitada la cueva de que tratamos por el Abate Breuil, encontrándose con que el estrato había desaparecido en gran parte para su explotación como abono, aunque aun pudo observar que el Neolítico estaba ampliamente representado en ella, y que a la izquierda, en un rincón, bajo una faja neolítica intacta, habían hogares sin cerámica y con sílex de aspecto paleolítico.

(1) I. Ballester Tormo: «Unas cerámicas interesantes en el Valle de Albalada». Tirada aparte de «Cultura Valenciana», fasc. III y IV de 1928, pág. 12.

(2) La pieza de referencia figura en el Museo Arqueológico Nacional en el cuadro núm. 3, donación de D. Juan Vilanova, 405 (61). Debemos y agradecemos a la amabilidad del Sr. Fernández de Avilés el envío del dibujo que publicamos.

(3) «Notas histórico-naturales a propósito de la localidad y provincia de Valencia», discurso de apertura del año académico de 1901-02, pág. 28. Ver también del mismo: «Un paradero de la época paleolítica en Oliiva (Valencia)», en Boletín de la Soc. Esp. de Hist. Natural, t. XVI, pág. 81. Madrid, 1916.

(4) Vaya aquí nuestro agradecimiento a D. Antimo Boscá y Seytre, a quien tantos favores debe nuestro Servicio y la cultura valenciana en general.

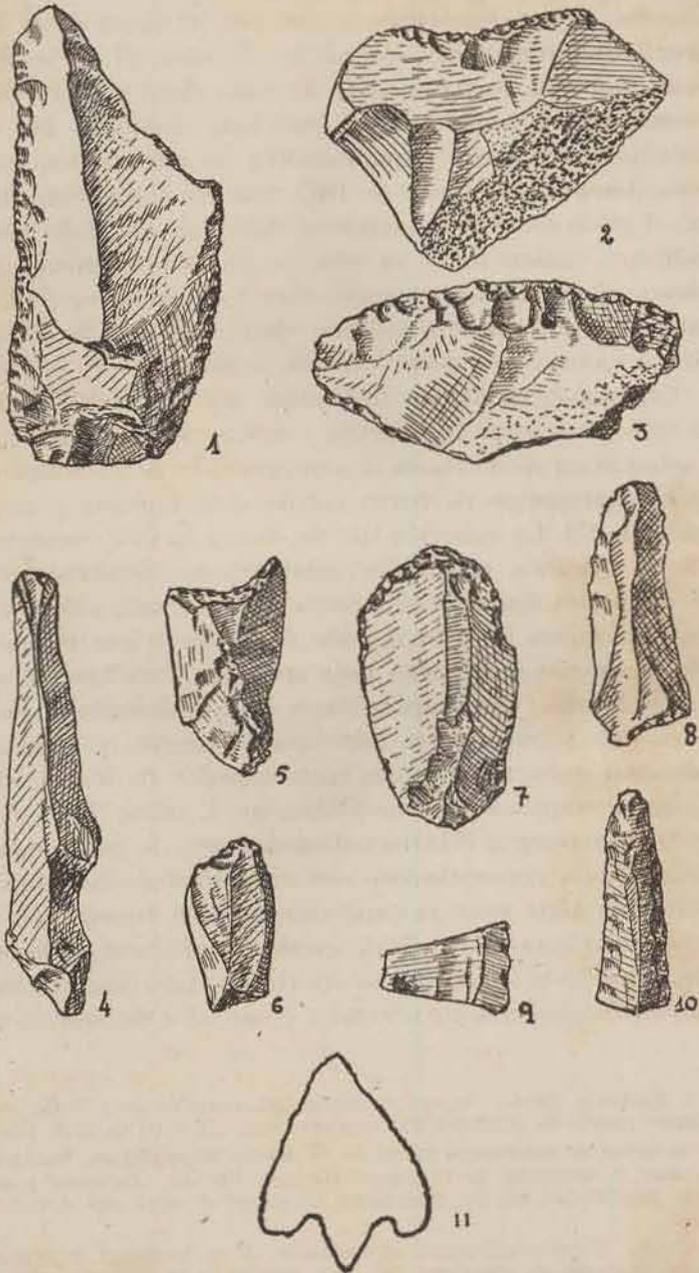


Figura 1.º

tico superior, con huesos de ciervo, cabra montés y, sobre todo, conejo, que consideró paleolíticos (1)

Y un año después, visitáronla de nuevo el P. Leandro Calvo y el Sr. Ballester, acompañados de D. José Lluch, en una exploración de todas las cuevas situadas en la comarca de Marchuquera, quienes se enteraron de que incitada la codicia de los dueños de la de «Maravelles» por la profunda capa de estiércol, huesos y otros restos adecuados para su utilización como abono, acababan de vaciarla, habiendo transportado su contenido al término de Almoines, donde vivía su entonces propietario D. Francisco García, para abonar unos huertos de naranjos; a cuyo poder llegó, por tan científico procedimiento, una buena porción de material arqueológico, no digamos en qué condiciones. Aun pudieron los visitantes, a pesar de ello, recoger a la entrada de la cueva un buen fragmento de cerámica cardial. Días después hacían una visita al Sr. García, quien les puso de manifiesto lo que conservaba del material llegado a sus manos, del que tomó nota el Sr. Ballester, y que es el que luego describiremos, existente hoy en su colección, más algunos objetos desaparecidos, de los que también se hablará (2).

Poco después caían todos los materiales en manos de chamarieros, de las que pudo librarlos el Sr. Ballester e ingresarlos en su colección, como hemos dicho, pero habiendo desaparecido los aludidos objetos de interés que especificaremos luego. Los pertenecientes a la dicha colección son los que siguen:

De sílex: Un pequeño raspador de color gris, plano, sobre hoja (fig. 1, núm. 6); un a modo de raspador de filo cóncavo, sobre lasca de sílex rojizo (fig. 1, núm. 5), y una basta lámina de pedernal melado, especie de toscó cuchillo sin retoques (fig. 1, núm. 4).

De concha: Dos fragmentos de pectúnculo, uno con el natis agujereado por frotación y el otro ennegrecido por haber sido afectado por el fuego.

De hueso: Diversos dientes de cérvidos y cápridos. Y fragmento de algo como diente de jabalí o trozo de brazalete.

De piedra: Dos pequeños afiladores, uno de grano más grueso y concavidad por un lado, tal vez producida por desgaste, y otro más pequeño y de grano fino; los dos alargados y de forma aproximadamente elipsoidal (lám. III, fig. 3).

(1) Breull: «Rapports...», en «L'Anthropologie», tomo XXV, (1914), pág. 251

(2) I. Ballester Tormo: «Unas cerámicas interesantes...», págs. 1 y 12 y en «La covacha sepulcral de Camí Real (Albaida)», en «Arch. de Prehistoria Levantina, I, 1928», pág. 51.

De cerámica primitiva: Un minúsculo cuenco de cerámica hecha a mano, oscura y con restos de pulido (lám. I, fig. 3, izquierda); un fragmento de cerámica cardial, también oscura y bien pulida, cuya decoración consiste en una zona resaltada de sobre un centímetro de ancho y ornada con repetidas y espesas impresiones oblicuas conseguidas con el borde de una concha de *cardium*, sobre cuya cinta se desarrollaría una ornamentación de esta clase, indeterminable por la rotura, pero de la que hay restos, y en la parte inferior lleva adosadas una serie de huellas producidas con el natis de la misma concha, y paralelamente a aquélla otra serie de impresiones más pequeñas conseguidas de igual modo (lám. I, fig. 1, arriba) (1); otro fragmento también cardial y de barro oscuro pulido, que lleva como decoración una zona de impresiones cardiales horizontales, de las que penden a modo de apretados colgantes otras series de impresiones oblicuas terminadas con las de menudo natis de esta clase de concha (lámina citada, fig. 1, debajo); y algún otro fragmento de cerámica a mano, que no acusan forma ni decoración.

De cerámica hecha a torno: Buena cantidad de fragmentos; un ejemplar de vaso caliciforme de pequeño tamaño, barro rojo y sobre 4 centímetros y medio de altura (lám. I, fig. 4, centro); la mitad inferior de otro del mismo tipo, de cerámica cenicienta (lámina dicha, fig. 3, centro); tres menudas cazoletas de forma semejante a algún ejemplar covaltino, que vienen a tener un par de centímetros de altura y sobre cuatro y medio a cinco y medio de diámetro (lámina citada, fig. 3, derecha, y fig. 4, izquierda y derecha); y parte de borde de una pequeña anforita.

De cerámica, también, son dos menudas tabletas, aproximadamente rectangulares, de las que una tiene el extremo dentado y lleva incisa una decoración en espina; y ambas rematan por el extremo opuesto en sentido ligeramente cóncavo, lo que hace pensar si fueron asideros o mangos de un útil, de perfil curvo, en su mayor parte desaparecido (lám. II, fig. 5). Dos toscas representaciones de piernas humanas, una que alcanza del pie a la rodilla y otra más corta, posibles restos de figuras que desempeñarían una función funeraria, como otros restos semejantes que se hallan entre el material de la necrópolis de la Casa del Monte en la colección Ballester (lám. II, fig. 2). Buena parte de una figura humana sin cabeza, brazos ni piernas, o sea algo más del torso de una estatuilla, al parecer de varón, y de cuyo buen modelado quedan manifiestos res-

(1) I. Ballester Tormo: «Unas cerámicas interesantes...», pág. 13, fig. 9.

tos, que pudo haber desempeñado papel semejante al de las figuras a que pertenecieron los restos antecitados (lám. II, fig. 3). Merecen especial mención los dos siguientes objetos: en el extremo superior de dos como cilindros de cerámica, uno casi macizo y otro ampliamente hueco, y sobre ligeros extrangulamientos, figuran toscamente modeladas dos cabezas humanas, una con la boca constituida por una ligera hendidura y los ojos por un par de depresiones, y la otra con la nariz producida como por débil pellizco que ocasiona unas poco profundas depresiones laterales con puntos por ojos y boca sumaria sobre mentón iniciado y las orejas representadas por dos crestecitas elementales (lám. II, fig. 1).

De cerámica romana: Varias lucernas, una limitada al recipiente, sin tapa, que hace pensar, por su tosquedad, en una desgraciada imitación indígena (lám. III, fig. 2, núm. 5), y cinco ejemplares bastante completos: una de cerámica roja, con el recipiente circular, asa en forma de anillo y mechero corto, plano, redondeado y con línea en su arranque, llevando en el disco y en relieve dos hojas de al parecer acanto, de las cuales una es incompleta por rotura, y el disco, con un solo agujero central, está circunscrito por una zona de ovas (lám. dicha, fig. 2, núm. 2 y fig. 1, núm. 2); otro ejemplar de barro amarillento, de igual forma que la anterior, sin decoración alguna, que tiene un pequeño orificio cerca del mechero, que probablemente serviría para estirar la mecha (lám. III, fig. 2, núm. 4); otra lucerna, también de barro amarillento y del mismo tipo que las precedentes, que posiblemente tendría dos agujeros en el disco, que parece así indicarlo, el cual está circunscrito por un cordón en relieve (lám. citada, fig. 2, núm. 6); otra, muy pequeña, de «terra sigillata», de igual forma que las anteriores, sin decoración, a la que faltaba el asa que ha sido reconstruída, y que lleva en la base una marca de alfarero (lám. dicha, fig. 2, núm. 1); y otra lucerna, de cerámica amarilla, con la tapa del recipiente convexa que deja reducido el centro del disco a una especie de embudo terminado en un agujero, su mechero es corto y redondo, faltándole el asa que ha sido reconstruída, y lleva como decoración unos radios en el disco, circunscritos por amplia zona de pequeños gránulos (lám. III, fig. 1, núm. 1 y fig. 2, núm. 3). Además de estas lucernas completas, se conserva la parte superior de otra, de barro rojo, y al parecer del mismo tipo que las anteriores, que lleva en el disco, como ornato, la parte superior de una figura femenina con la cabeza radiada, posible representación de la diosa Minerva, y rodeando el conjunto, una zona rayada; tiene dos agujeros y se encuentra en mal estado de conservación.

Monedas: Entre el material llegado a la colección Ballester hay también una buena serie de monedas romanas muy mal conservadas. Son 34, de las que sólo han podido ser clasificadas 23, que se agrupan del siguiente modo: una de Cartagena, con los bustos de Tiberio y Calígula en cada una de sus caras; cuatro de Claudio I; una de Vespasiano con Vesta; tres de Domiciano que no se pueden leer; una posiblemente de Trajano; tres de Adriano, una con la Esperanza en el reverso, la otra con Palas lanzando el rayo y la tercera ilegible; otra, también posiblemente de Adriano; una de Marco Aurelio segura y otra dudosa; tres de Septimio Severo con la Victoria andando, y otra del mismo con Marte; una de Claudio el Gótico con la Fe militar; otra de Aureliano con la Concordia militar en el reverso, y una de Maximiliano Hércules (1).

El material visto por el P. Leandro Calvo y D. Isidro Ballester en la visita que hicieron al dueño de la cueva y que posteriormente ha desaparecido, material que inventariara y croquizara el Sr. Ballester en sus notas, es el que sigue: Un bello vasito de barro oscuro y pulido, en forma de tonelete, con la boca aproximadamente cilíndrica, en la parte alta, y cuatro menudas asas, pareadas a cada lado de aquélla, pieza que medía sobre unos 12 cm. de diámetro máximo y que estaba decorada con líneas punteadas, sin que pudiera precisarse luego si eran o no de origen cardial; un cuchillo de pedernal de buena labra y de sobre 15 cm. de largo, y varias lucernas romanas, entre ellas una decorada con dos figuras en escena lúbrica.

En el verano de 1932, algunos elementos del S. I. P. realizaron una visita a varias de las cuevas de la comarca de Gandía, entre ellas a la que nos referimos, en la que encontraron en algunos montones de tierra que había en la parte exterior de la entrada, y en un rincón de su interior, en el que aún quedaba estrato, los siguientes objetos que se guardan en el Museo de Prehistoria del Servicio:

De sílex: Un magnífico raspador plano, de pedernal melado, sobre hoja y con buenos retoques en los bordes laterales (fig. 1, número 7); una hoja, con escasos retoques en la base (fig. citada, núm. 8); un fragmento de cuchillo de pedernal grueso y de magnífica labra, retocado en ambos filos (fig. dicha, núm. 10); una sierrecilla, probable elemento de hoz, con el borde trabajado ligeramente (fig. 1, núm. 9), y algunas otras lascas sin labrar.

(1) Debemos esta clasificación a D. Pío Beltrán Villagrasa, a quien en estas líneas le enviamos nuestro agradecimiento.

Restos de animales: Huesos de cápridos y cérvidos; una mandíbula de conejo y algunas conchas de pecten y de cardium.

De cerámica: Algunos fragmentos de cerámica oscura, hecha a mano y sin decorar, entre los que es digno de mencionarse un borde de cuenco de mediano tamaño con asa horizontal sobre aquél, parecida a algunas de la Cova de la Sarsa; un fragmento de cerámica rojiza cardial, a mano, y con decoración formada por dos series de impresiones en forma de espina conseguidas con el borde de un cardium y otra zona inferior con series de huellas verticales logradas de igual forma (lám. I, fig. 2, arriba); otro fragmento cardial de cerámica grisáceo-amarillenta decorada con amplia faja compuesta de impresiones horizontales y ligeramente onduladas, producidas al parecer mediante el arrastre del borde de la concha y delimitada tanto en la parte superior como en la inferior por otras impresiones trazadas perpendicularmente a la zona dicha (lám. I, fig. 2, inferior); otro pequeño fragmento, de igual tipo que los dos anteriores, con decoración de líneas incisas paralelas y muy juntas; y un fragmento inmediato al arranque de una asa, con restos de ornamentación de cordones, con impresiones aproximadamente circulares (lám. II, fig. 4).

También de cerámica hecha a torno hay un buen número de fragmentos, entre los que citaremos uno de borde, al parecer de una pequeña copa de pie bajo, con franjas horizontales color siena oscuro como decoración. Además, extraordinario número de diminutos fragmentos de lucernas romanas, asas especialmente (1).

* * *

Expuesto ya el material que se conserva de esta cueva, y dada noticia del que habiendo desaparecido se recuerda, vamos a intentar su clasificación, tarea no fácil debido a que se desconocen las circunstancias y detalles en que aparecieron los diversos objetos.

Tanto del material que poseemos como de las diversas noticias que los visitantes de la cueva nos han dejado, podemos considerar, con toda clase de reservas, que son tres los niveles principales: uno Paleolítico superior, otro Neo-eneolítico y un tercero Ibero-romano.

Nos apoyamos, para afirmar la existencia del nivel Paleolítico,

(1) «La labor del S. I. P. y su Museo...», 1932, pág. 2.—L. Pericet: «La Cueva del Parpalló (Gandia)», pág. 276. Madrid, 1942.—J. San-Valero: «Notas para el estudio de la cerámica cardial de la cueva de la Sarsa (Valencia)», en «Actas y Memorias de la Soc. Esp. de Antr., Etnog. y Prehist.», tomo XVII, 1-4. página 102. Madrid, 1942.

en el testimonio ya citado de Breuil (1), que dice observar «bajo una faja neolítica intacta, hogares sin cerámica y con sílex de aspecto paleolítico superior»; como también parece ratificar tales afirmaciones la existencia de huesos de conejo, que considera característicos de esta época. Con anterioridad a Breuil ya el P. Calvo había observado cómo el estilicidio había aprisionado en la parte baja huesos de época cuaternaria. Respecto al material, aunque no poseemos ninguna pieza que por sí nos indique una cultura propia del Paleolítico superior, parecen sugerirlo algunos útiles, si no por su tipo, sí por su técnica. De esta forma, las tres piezas que pertenecieron a la colección Boscá (fig. 1, núms. 1 al 3), el pequeño raspador de sílex rojizo y de técnica capsiese perteneciente al Sr. Ballester (fig. 1, núm. 5), y el raspador plano sobre hoja de sílex melado, con bellos retoques, que se conserva en el Museo del S. I. P. (fig. 1, núm. 7), parecen más bien piezas paleolíticas que de otro período más moderno. A estos objetos podríamos añadir quizá los «útiles toscos» de pedernal, que bajo el número 455 se conservan en el Museo Antropológico Nacional, pertenecientes a una serie que regalara el Sr. Vilanova y Piera, aunque por no haberlos visto, nada podamos afirmar en concreto.

La cultura Neo-eneolítica está mejor representada que la anterior, y algunas de las piezas que se conservan son bien características. Así tenemos, en primer lugar, los fragmentos de cerámica cordada con rica decoración (lám. I, figs. 1 y 2), semejantes a los bien conocidos de la Sarsa; el pequeño cuenco de cerámica oscura hecha a mano (lám. I, fig. 3, núm. 1); el fragmento de cerámica, también hecha a mano, con decoración en cordón (lám. II, fig. 4), y algunas de las piezas de sílex, como el pequeño raspador de pedernal gris de la colección Ballester (fig. 1, núm. 6), el fragmento de cuchillo de sílex (fig. 1, núm. 10), y la sierrecita parte de una hoz (fig. 1, núm. 9). También de esta cultura es la punta de flecha (fig. 1, número 11) con aletas y pedúnculo, que se conserva en el Museo Arqueológico, y que regalara D. Juan Vilanova y Piera en 1868. Podemos incluir como de este período, con todas las reservas, los siguientes objetos desaparecidos: la lámina de marfil que viera el P. Calvo, que la suponemos neolítica y no posterior, por ser, según descripción de aquél, pieza tosca e irregular; y también, posiblemente, las varias agujas de hueso.

Lo que sí se puede asegurar como perteneciente a este período es el pequeño tonelete de cerámica hecho a mano, con cuatro asas

(1) Breuil: «Ibid».

y decoración incisa o cardial (no se conserva este dato), que viera el Sr. Ballester entre los objetos recién extraídos de la cueva cuando fué totalmente vaciada en 1914, que se hallaba en poder del dueño de la misma, y hoy desgraciadamente desaparecido. Se trata, como hemos dicho, de un pequeño vaso de barro oscuro pulido, en forma de tonelete, con cuatro menudas asas pareadas a los lados de la boca cilíndrica situada en la parte alta. En las notas tomadas consta que tenía unos 12 centímetros de diámetro máximo, y que estaba decorado con líneas punteadas, sin poderse especificar si éstas eran o no de tipo cardial. También, y siguiendo las notas a que nos hemos referido, pertenece a este mismo período el igualmente perdido cuchillo de pedernal de buena labra y de sobre unos 15 cm. de longitud.

Y por último, del nivel superior de la cueva, que suponemos Ibero-romano muy avanzado, tenemos también una buena serie de objetos, algunos de ellos de mucho interés. De este nivel son los vasitos caliciformes y las pequeñas cazoletas de la colección Ballester (lám. I, figs. 3 y 4, núms. 2-6), los restos de estatuillas y los dos ídolos cerámicos de la misma (lám. II, figs. 1 a 3), las lucernas y las monedas romanas.

Poco debemos decir de los vasitos caliciformes: se encuentran en todos los despoblados ibéricos desde épocas retrasadas hasta bien entrada ya nuestra Era. Algo parecido ocurre con las cazoletas: las hemos visto muy semejantes en Covalta y en La Bastida. Sin embargo, las dos tabletas casi rectangulares, de cerámica (lámina II, fig. 5), y que dijimos hacían pensar en asideros o mangos de útiles desaparecidos, no los conocemos en ninguna otra estación. También son propios de muchas estaciones de este período (entre ellas Casa del Monte), los fragmentos de miembros humanos, como los de piernas, aparecidos en esta cueva. Mucho más interesante es el torso, de varón al parecer, bien modelado y que no parece obra indígena; más imperfecto que el que tratamos, pero relacionados ambos, sin duda, es el tronco de ídolo femenino de barro rojo aparecido en Torres-Torres (1). Plantean un problema interesante los dos a modo de idolillos de cerámica, hechos a torno, terminados por toscas cabezas humanas de técnica muy rudimentaria, que recuerdan las conocidas figuras ibicitanas, de supuesta procedencia oriental, de las que se separan éstas por su aspecto cilíndrico frente al más o menos acampanado de aquéllas.

(1) Almarche: «La antigua civilización ibérica en el Reino de Valencia» pág. 130.

Se encuentra a primera vista cierta semejanza entre estas figuras y algunas de las aparecidas en el Egeo durante el Neolítico (1). Las lucernas, excepto la tosca, que hemos dicho debe ser una mala imitación indígena de las bellas piezas importadas, pertenecen al segundo tipo de evolución de aquéllas en Roma, que han sido situadas en la última mitad del siglo II de C. y principios del siglo III. Y a los tres primeros siglos de nuestra Era pertenecen en su mayor parte las monedas conocidas que fueron encontradas en esta cueva.

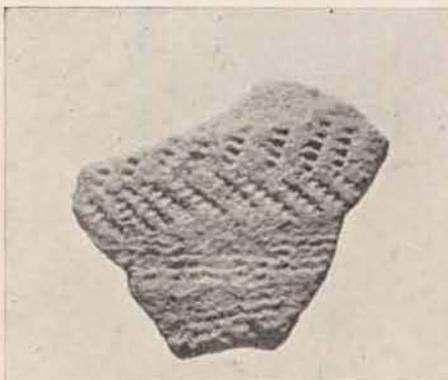
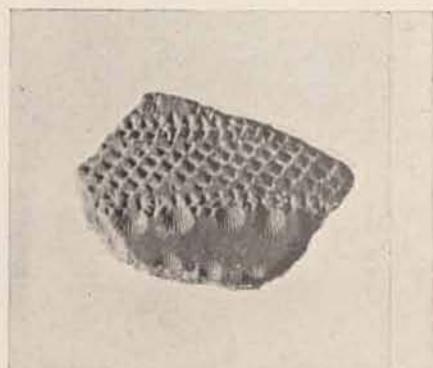
Junto con estos objetos, más o menos fácilmente clasificables, nos encontramos con otros, de clasificación difícil: así tenemos una serie de lascas y láminas de sílex, sin retoques, de época incierta, y los dos afiladores (lám. III, fig. 3), que tanto pueden ser del Neolítico como de un nivel ibérico avanzado.

* * *

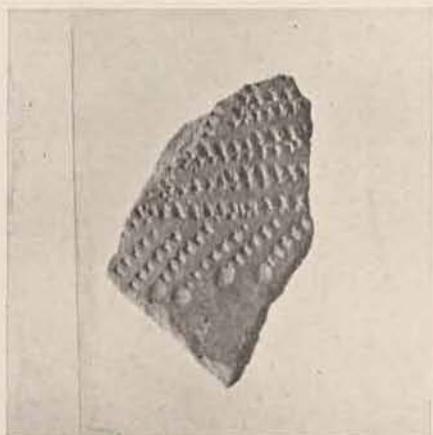
La «Cova de les Maravelles» debió ser, como se desprende de lo expuesto hasta aquí, ocupada en casi todas las épocas, desde el Paleolítico superior hasta bien entrada ya la Era Cristiana. Fué residencia del hombre paleolítico y del neolítico y debió ser enterramiento del ibero-romano. De este último casi con certeza, pues si no fuera así mal se explicaría la existencia de exvotos (torso, piernas, etc.) y la extraordinaria abundancia de monedas y lucernas.

Ha sido una verdadera desgracia, para la Prehistoria valenciana, el que la codicia de los propietarios de esta cueva les indujera a vaciar su estrato, privándonos del estudio sistemático de una de las estaciones más interesantes del Levante español.

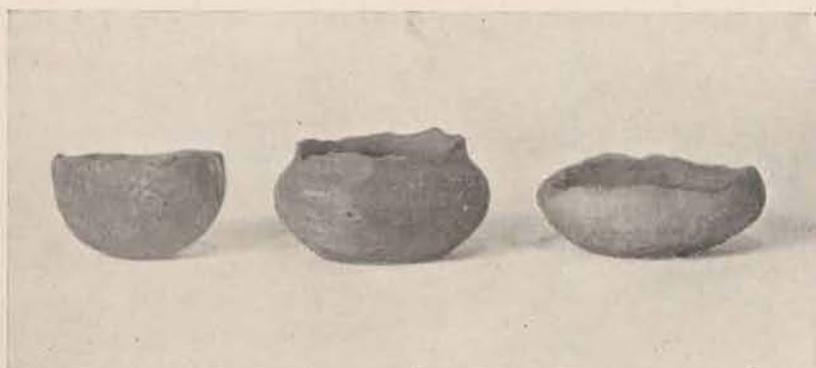
(1) L. Franz: «Mittelgriechische Steinzeitidole» en I. P. E. K. 1932-1933 pág. 39, lám. 10, fig. 4.



1



2



3



4

1



2



3



4

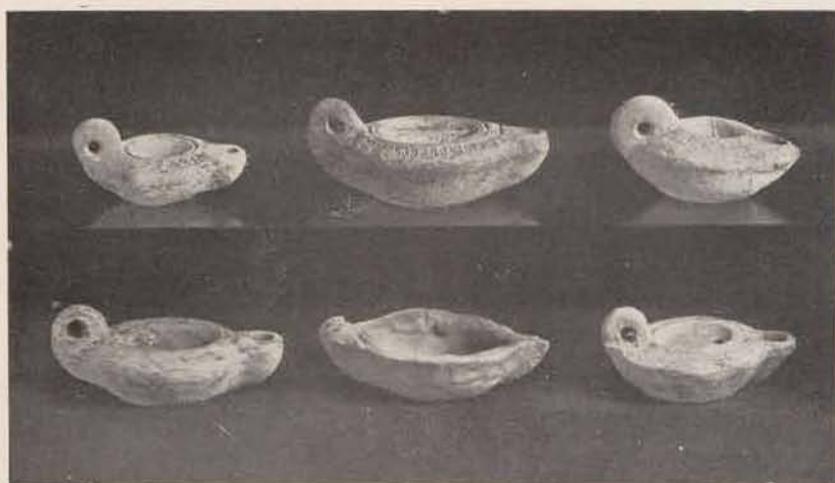


5

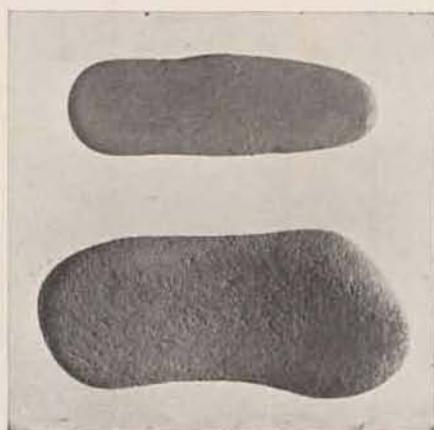




1



2



3